LA LOCURA DE UN REY

15 de febrero de 1728

Philip, duque de Wharton, ex Gran Maestre de la Gran Logia de Inglaterra, reunido con Richard Wells, Thomas Hatton, Eldridge Dinsdale, Andrés Galloway y Charles de Labelye en el prestigioso hotel de Lys, en el número 17 de la calle San Bernardo de la capital de España, fundaban la primera Logia masónica moderna de Europa.

-…Y para terminar, certifico en primera persona y en la de los aquí presentes, nuestra lealtad, dedicación y trabajo exclusivos; con los únicos propósitos que avalan nuestro compromiso en el día de hoy: la búsqueda del conocimiento, de la verdad y del poderoso interior del ser humano desde la ciencia y sabiduría que emanan de la masonería. –sentenciaba Labelye, arquitecto y antiguo masón en tierras británicas.- Me comprometo a redactar inmediatamente la correspondiente carta de admisión a la Gran Logia de Inglaterra, fundadora y madre de las Logias, para que, de manera oficial, sea reconocida la Logia de Madrid, primera de Europa y conocida desde hoy como “*Las Tres Flores de Lys*”; de este modo, podrá engrandecer con sus miembros el enriquecedor mundo de la francmasonería. Por unanimidad de los participantes en el día de hoy, será un honor ser durante el primer año el Gran Maestre.

Deseosos por aplaudir, el resto de participantes, casi todos antiguos masones en Inglaterra, contuvieron el primer impulso y, muy dignos, decidieron asentir con un ligero movimiento de cabeza; conscientes como eran de hacer historia dentro de la francmasonería en un país europeo. Wharton observaba discretamente. Luego, de manera más distendida, tomando café unos, y té otros, en la mesas de la cafetería del hotel, Richard, el más joven, se atrevió a realizar la consulta que todos deseaban.

-Labelye, con todos mis respetos. De todos es sabido el ardor cristiano del Rey Felipe V. Su veneración por el catolicismo será sin duda un grave impedimento para la continuidad de nuestra Logia. ¿No lo creéis vos?

El duque de Wharton esbozó una sonrisa pícara y se adelantó a Labelye.

-Perdonad amigo Labelye. Yo contestaré. Como bien sabéis, pues algunas de vuestras señorías ya conocen en primera persona mi época como Gran Maestro en la Gran Logia de Inglaterra, en 1723 se publicaron bajo mi tutela las *Constituciones de Ardenson*, carta magna de todo masón y donde se refleja claramente la libertad de credo y procedencia de sus miembros. No hay de qué preocuparse amigos míos. Yo me encargaré del Rey. ¿No es ese el motivo por el que se me ha invitado a asistir en el día de hoy?-Labelye mostró contrariedad, el resto no supieron qué decir, pues todos sabían que razón no le faltaba.- y, si me disculpan, debo marchar; mis obligaciones me reclaman. El primer domingo de cada mes, como se ha acordado, nos volveremos a ver. Ahora, discúlpenme.- lo dijo levantándose de su asiento mientras se colocaba sobre los hombros su enorme capa azul marino.- Por cierto, no es necesario que les pida rigor y seriedad; además de la discreción que exige formar parte de la ya honorable Logia de Las Tres Flores de Lys.-sonó sarcástico.

Su capacidad de liderazgo era indiscutible, su conocimiento de la masonería, incuestionable; pero lo que más se podía esperar de él, era cierta carta blanca de las autoridades de la corte por su cercanía en diferentes acuerdos y tratos con la Casa Real española.

El duque se marchó sin mirar atrás con paso firme y decidido. La oscuridad y el gélido viento que lo recibió a la salida del *hall* del hotel, provocaron un estremecimiento en la piel de Wharton que intentó paliar escondiéndose tras la capucha de lana de su noble capa. Caminó distraído hasta llegar a su domicilio, cavilando sobre el asunto que más le preocupaban en esos momentos: la causa Jacobina. Los demás permanecieron aún largo rato debatiendo sobre los siguientes pasos a seguir: nombramientos, aceptación de las instrucciones y leyendas masónicas del manuscrito de Grahan, etc.

Varias semanas después, la Logia de Las Tres Flores de Lys fue, por consenso de los miembros de la Gran Logia de Inglaterra y, a través de su Gran Maestro Alexander Chocke, reconocida con el número 50 de entre el resto de Logias que se iban sumando a la filosofía masónica. Diferentes personajes de la nobleza, con la discreción que exigía la propia Logia y, por no querer verse expuestos ante la ira de Rey, se iban incorporando, no sin antes superar el ritual de admisión, donde como si de un nuevo nacimiento se tratara, debían desprenderse de todas las banalidades, creencias superfluas o exotéricas y dudas irracionales, tomando la ciencia y el conocimiento pragmático como baluarte de sus nuevas vidas en tres fases: como aprendiz primero, compañero después y finalmente maestro.

Nobles de la corte, artistas reconocidos, científicos de contrastada reputación, filósofos, doctores en medicina, matemáticos y, por supuesto, constructores, cual leyenda continuada desde los inicios de la historia de la masonería, se incorporaban encantados, jurando dedicar sus vidas a descubrir y contrastar con sus colegas la verdad científica en un entorno que no solo invitaba a ello; además, proporcionaba a sus miembros un lugar donde las ideas proliferaban y eran debatidas desde el rigor , el respeto, la admiración y la sabiduría. Una vez llegaban a ser miembros de la Logia, tras superar la etapa de aprendiz y ser nombrados compañeros, comenzaban a recibir respuestas a grandes preguntas de la humanidad, provenientes de textos antiguos secretamente conservados por coleccionistas e historiadores; por supuesto, miembros masones todos ellos. Ello les provocaba una sensación de superioridad que debían trabajar en una lucha directa contra el ego que inevitablemente se apoderaba de sus almas. El conflicto con la iglesia estaba garantizado. La ciencia, siempre discordante con los actos de fe y consignas eclesiásticas, se daba de bruces con las creencias de obligada obediencia y difícil credibilidad.

No tardaron en llegar noticias al Rey Felipe V de consejeros y altos miembros eclesiásticos de la formación y crecimiento de una Logia masónica en España. El Borbón encolerizó, pues preso como era de sus desvaríos, muy avanzados en esos años, tan solo el sexo al que era adicto y la religión, sostenían su criterio por encima de cualquier otra cuestión. Por primera vez en meses decidió salir de la alcoba real. Consintió ser lavado y adecentado, exigiendo la inmediata presencia de los consejeros, de la reina Isabel de Farnesio y del obispo. Movido por el desprecio que supuso no ser admitido junto a su tío Felipe I de Orleans, quien encontró consuelo en una de las ramas masónicas, los “*compagnons*”, encontró el momento desde la autoridad que representaba de ajustar cuentas con los masones. Su obsesión por la obediencia a Dios y el destino que para él tenía reservado, carecían de fundamento, pero su mente, perturbada y enajenada, desvariaba a discreción.

Una vez se tuvo conocimiento de la participación del duque de Wharton, este fue invitado a palacio para ser entrevistado por el Rey. Amigos y colaboradores por intereses comunes, el Rey guardaba buenas relaciones con el duque, el cual servía de enlace con el aspirante al trono de Inglaterra Jacobo III Estuardo, ofreciendo sus conocimientos y contrastada experiencia como embajador y consejero por la causa Jacobina. Quiso descubrir en primera persona qué se traía entre manos el influyente duque, cómplice circunstancial de la corona española tras ser expulsado con deshonor de su tierra natal por su incuestionable apoyo al aspirante Jacobo al trono de Inglaterra. Los combates por la custodia de Gibraltar, el control de los puertos de las Indias y los incumplimientos mutuos del Tratado de Utrecht, no habían cicatrizado las heridas abiertas entre Felipe V y Jorge I de Inglaterra, enemigo mutuo del duque y el propio Rey de España.

26 de marzo de 1728

Los almendros y cerezos, brotados, impregnaban de un delicioso aroma el ambiente de palacio. Se celebraba la entrada de la primavera en los jardines del Alcázar Real de Madrid. Un tibio sol de mediodía daba la bienvenida a los invitados.

El duque de Wharton, acompañado de su segunda esposa, conversaba alegremente con el embajador francés y su señora cuando el Rey, del brazo de la Reina, se hizo presente descendiendo con notable lentitud los peldaños de la fachada norte. Felipe V buscó con la mirada al duque, y, sin mediar palabra con quién se ofrecía a saludar y lisonjear a su Majestad, directamente les abordó:

-Embajador, duque.-saludó cortés.- ¿Es todo de su agrado? ¿Desean más vino? ¿Alguna vianda?- Estos dieron un paso atrás y se inclinaron en clara reverencia ante el Rey de España.

-Majestad.-se adelantó el embajador.- El vino es delicioso. Siempre es un placer asistir a palacio. Ha sido muy amable en invitarnos. Me alegro de poder disfrutar por fin de su compañía.- mintió.- Llegué a creer francamente que se encontraba enfermo.

-Nada me ocurre embajador. Tan solo me debo a Dios y en él vuelco mis pensamientos y deseos en absoluta y deseada intimidad. ¿No es lo que hacemos todos?- lo dijo mirando fijamente al duque que no pestañeó. Este contestó por alusiones.

-Cada cual encuentra a su manera cómo enfrentarse a sus miedos, Majestad.

El embajador torció el gesto invitando con la mirada al duque a relajar su tono de voz y no importunar al Rey de tal modo.

-¡Miedo! Ja, ja, ja.- el Rey rompió a reír sin contenerse lo más mínimo.- Miedo han de tener los que renuncian al único Dios verdadero. Los que se esconden para practicar demoníacos ritos y contradicen la palabra de la sagrada biblia. Vos aceptasteis la fe católica hará dos años, ¿o estoy equivocado?

-Pobres almas las que dediquen sus vidas a semejantes menesteres. Me compadezco del que de algún modo se acerque a lo oscuro o satánico.-añadió Wharton solemne.- Y sí, por supuesto, abracé la fe católica; lo hice antes de contraer matrimonio con mi actual esposa, dama de honor de la Reina Isabel por la gracia de Dios. - esta sonrió aludida